



CAPÍTULO XI.

Prosigue la historia de Escipion.



MIENTRAS me duró el dinero, el posadero usó de grandes atenciones conmigo; pero luego que advirtió que se me habia acabado, comenzó á tratarme con desagrado, buscando camorra á cada paso, y una mañana me dijo que le hiciese el gusto de salir de su casa. Dejéla desdeñosamente, y me entré á oír misa en la iglesia de los padres dominicos. Mientras la estaba oyendo, se acercó á mí un anciano pobre y me pidió limosna; saqué del bolsillo dos ó tres maravedises que le dí, diciendo: —Amigo mio, ruegue vd. á Dios que me proporcione pronto una buena conveniencia: si fuere oída su oracion no se arrepentirá de haberla hecho, y cuente con mi agradecimiento.

Á estas palabras me miró el pobre con mucha atencion, y con seriedad me dijo: —¿Qué clase de conveniencia desea vd.?—Quisiera, le respondí, acomodarme de lacayo en cualquiera casa en donde lo pasase bien.—Me preguntó si me urgia.—No puede urgir mas, le contesté, porque si no logro cuanto antes la dicha de colocarme, no hay medio, ó habré de morir de hambre, ó tendré que ser uno de vuestros compañeros.—Si llegara ese caso, repuso él, se le haria á vd. muy cuesta arriba no estando acostumbrado á nuestra vida; pero á poco que se hiciese á ella, preferiria nuestro estado al de servir, que es sin disputa inferior á la mendicidad. Sin embargo, ya que vd. quiere mas servir que pasar como yo una vida frívola é independiente, dentro de poco tendrá vd. amo. Aquí donde vd. me ve, puedo serle útil: hállese aquí mañana á esta misma hora.

Tuve buen cuidado de no faltar: volví al dia siguiente al mismo sitio, en donde no tardó mucho á presentarse el mendigo, que acercándose á mí, me dijo que tuviera la bondad de seguirle. Hícelo así, y me llevó á un sótano no distante de la misma iglesia, y en el cual tenia su albergue.

Entramos ambos en él, y habiéndonos sentado en un banco largo que por lo menos habria servido cien años, el pobre me habló de esta manera:—Una buena accion, como dice el refran, halla siempre su recompensa; ayer me dió vd. limosna, y esto me ha determinado á proporcionarle una buena colocacion, la que si Dios quiere se conseguirá muy presto. Conozco á un domínico anciano, llamado el padre Alejo, que es un santo religioso, y un escelente director espiritual: tengo el honor de ser su mandadero, y desempeño este empleo con tanta discrecion y fidelidad, que nunca se niega á emplear su valimiento en mi favor y en el de mis amigos. Yo le hablé de vd. y le dejé muy inclinado á servirle. Le presentaré á su reverencia cuando vd. quiera.

—No hay que perder momento, dije al viejo mendigo; vamos ahora mismo á ver ese buen religioso. Vino en ello el pobre, y al momento me condujo á la celda del padre Alejo, á quien encontramos escribiendo cartas espirituales. Suspendió su trabajo para hablarme, y me dijo que á ruegos del mendigo se interesaba por mí. Habiendo sabido, continuó, que el Señor Baltasar Velazquez necesita de un criado, le he escrito esta mañana en tu favor, y acaba de responderme que te recibirá ciegamente yendo con mi recomendacion: puedes ir hoy mismo á verle de mi parte porque es mi penitente y mi amigo. Sobre esto el religioso me estuvo ecshortando por espacio de tres cuartos de hora á que cumpliese bien con mis deberes, se estendió particularmente sobre la obligacion que yo tenia de servir con esmero al Señor Velazquez, y concluyó asegurándome que él cuidaria de mantenerme en mi acomodo, con tal que mi amo no tuviese queja de mí.

Despues de haber dado gracias por su favor al religioso, salí del convento con el pordiosero, quien me dijo que el Señor Baltasar Velazquez era un mercader de paños, anciano, rico, cándido y bondadoso; y no dudo, añadió, que lo pasará vd. perfectamente en su casa. Me informé del sitio donde vivia, y al momento pasé allá despues de haber prometido al mendigo mostrarme agradecido á sus buenos servicios tan pronto como estuviese bien arraigado en mi acomodo. Entré en una gran tienda, en donde dos mancebos decentemente puestos, que se paseaban de un lado á otro con modales afectados, esperaban compradores. Preguntéles si el amo estaba en casa, y les dije que tenia que hablarle de parte del padre Alejo. Al oír este nombre venerable, me hicieron entrar en la trastienda, donde estaba el mercader hojeando un gran libro de asiento que tenia sobre el escritorio; saludéle respetuosamente, y habiéndome acercado á él:—Señor, le dije, yo soy el mozo que el reverendo padre Alejo le ha propuesto para criado.—¡Ah! hijo mio, me respondió, seas muy bien venido; basta que te envíe ese santo hombre: te recibo á mi

servicio con preferencia á tres ó cuatro criados por quienes me han hablado; es negocio concluido, y desde hoy te corre el salario.

No necesité estar mucho tiempo en casa del mercader para conocer que era tal cual me le habian pintado: y aun me pareció tan sencillo que no pude menos de pensar en lo mucho que me costaria dejar de jugarle alguna pieza. Hacia cuatro años que estaba viudo: y tenia dos hijos, uno varon que acababa de cumplir veinte y cinco años, y una hembra que entraba en los quince. Esta, educada por una dueña severa, y dirigida por el padre Alejo, caminaba por la senda de la virtud; pero Gaspar Velazquez, su hermano, aunque nada se habia omitido para hacerle hombre de bien, tenia todos los vicios de un mozo licencioso. Á veces pasaba dos ó tres dias fuera de casa, y si cuando volvia le daba el padre alguna repension, Gaspar le mandaba callar levantando la voz mas que él.

—Escipion, me dijo un dia el viejo, tengo un hijo que me da mucho que sentir; está envuelto en todo género de desórdenes, lo que verdaderamente estraño, porque su educacion de ningun modo fué descuidada; le he tenido buenos maestros, y mi amigo el padre Alejo ha hecho cuanto ha podido para atraerle al camino de la virtud, sin haberlo podido conseguir: Gaspar se ha enfangado en el libertinage. Acaso me dirás que le he tratado con demasiada indulgencia en la pubertad, y que eso le habrá perdido; pero no es así: le he castigado siempre que me pareció necesario el rigor; porque aunque soy tan bonazo, tengo entereza en las ocasiones que la piden; y aun le hice encerrar en una casa de correccion, de donde salió peor que entró en ella. En una palabra, es de aquellos mozos perdidos, á quienes no pueden corregir el buen ejemplo, las repensiones, ni los castigos; solo Dios puede hacer este milagro.

Si no me causó lástima la afliccion de aquel desgraciado padre, á lo menos aparenté que la tenia.—¡Cuánto me compadezco, señor! le dije: un hombre tan honrado como vd., merecia tener mejor hijo.—¿Qué le hemos de hacer, hijo mio? me respondió. Dios ha querido privarme de este consuelo. Entre los pesares que me da Gaspar, continuó, te diré en confianza uno que me causa mucho desasosiego; y es la inclinacion á robarme, que con demasiada frecuencia halla medios de satisfacer, á pesar de mi vigilancia. El criado antecesor tuyo estaba de inteligencia con él, y por eso le despedí; pero de tí espero que no te dejarás seducir de mi hijo, y que mirarás con celo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá encargado mucho el padre Alejo.—Así es, señor, le repliqué: durante una hora, su reverencia no hizo otra cosa que ecshortarme á no tener puesta la mira sino en el bien de su merced; pero puedo asegurar que para esto no necesitaba de su ecshortacion, porque

me siento dispuesto á servir á su merced fielmente, y por último le prometo un celo á toda prueba.

Para sentenciar un pleito es necesario oír á las dos partes. El mocito Velazquez, elegante hasta dejarlo de sobra, juzgando por mi fisonomía que yo no seria mas difícil de seducir que mi antecesor, me llamó á un parage retirado, y me habló en estos términos:—Escucha, amigo mio: estoy persuadido de que mi padre te habrá encargado que me espíes; pero te advierto que mires como lo haces, porque este oficio tiene sus quiebras. Si llego á conocer que andas averiguando mis acciones, te he de matar á palos; pero si quieres ayudarme á engañar á mi padre, puedes esperar todo de mi agradecimiento. ¿Quieres que te hable mas claro? Tendrás tu parte en las redadas que echemos juntos: escoge, y en este mismo momento declárate por el padre ó por el hijo, porque no admito neutralidad.

—Señor, le respondí, mucho me estrecha vd., y veo bien que no podré menos de declararme en su favor, aunque en la realidad me repugna ser traidor al Señor Velazquez.—Déjate de esos escrúpulos, replicó Gaspar: mi padre es un viejo avaro que quisiera traerme todavía con andadores; un miserable que me niega lo que necesito, rehusándose á contribuir á mis placeres, siendo estos de pura necesidad en la edad de veinte y cinco años: este es el verdadero aspecto bajo el cual debes mirar á mi padre.—Basta, señor, le dije; no es posible resistir á un motivo tan justo de queja; me ofrezco á ayudar á vd. en sus loables empresas; pero ocultemos ambos bien nuestra inteligencia para que no se vea en la calle vuestro fiel aliado. Creo que lo acertará vd. si aparenta aborrecerme; hábleme con aspereza en presencia de los demas, sin escasear las malas palabras: tampoco hará daño tal cual bofetón, y algún puntapié en las asentaderas; antes bien, cuanta mas aversion me mostrare vd. tanta mayor confianza hará de mí el Señor Baltasar. Por mi parte fingiré huir de la conversacion de vd.: en la mesa le serviré mostrando que lo hago á mas no poder; y cuando hable de vd. con los mancebos de la tienda, no lleve á mal que diga de su persona cuanto malo me viniere á la boca.

—¡Vive diez! exclamó el mozo Velazquez al oír estas últimas palabras, que estoy admirado de tí, amigo mio; en la edad que tienes muestras un ingenio singular para todo lo que sea enredo: desde luego me prometo de él los mas felices resultados; y espero que con el auxilio de tu talento no he de dejar ni un solo doblón á mi padre.—Vd. me honra demasiado, le dije, confiando tanto en mi industria: haré cuanto pueda para no dementir el concepto que ha formado de mí, y si no puedo conseguirlo, á lo menos no será culpa mia.

Tardé poco en hacer ver á Gaspar que yo era efectivamente el hombre que necesitaba; y he aquí cual fué el primer servicio que le hice. El arca del dinero de Baltasar estaba en la alcoba donde dormia este buen hombre, al lado de su cama, y le servia de reclinatorio. Siempre que yo la veia me alegraba la vista, y en mi interior le decia muchas veces:—Mi amada arca, ¿estarás siempre cerrada para mí? ¿No tendré nunca el placer de contemplar el tesoro que encierras? Como yo iba cuando me daba la gana á la alcoba, cuya entrada solo á Gaspar le estaba prohibida, entré un día á tiempo que su padre, creyendo que nadie le veia, despues de haber abierto y vuelto á cerrar el arca, escondió la llave detras de un tapiz. Noté cuidadosamente el sitio, y di parte de este descubrimiento al amo mozo, que me dijo abrazándome de alegría:—¡Ah! mi querido Escipion, ¿qué es lo que acabas de decirme? Nuestra fortuna es hecha, hijo mio: hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave, y me devolverás la cera prontamente: poco trabajo me costará hallar un cerrajero servicial en Córdoba, que no es la ciudad de España en donde hay menos bribones.

—¿Pero á qué fin, dije á Gaspar, quiere vd. mandar hacer una llave falsa, cuando podemos servirnos de la verdadera?—Es cierto, me respondió; pero temo que mi padre por desconfianza ó por otro motivo la quiera esconder en otra parte; y lo mas seguro es tener una que sea nuestra. Creí fundado su recelo, y aprobando su pensamiento, me dispuse á estampar la llave en la cera, lo que ejecuté una mañana mientras que mi viejo amo hacia una visita al padre Alejo, con quien tenia frecuentemente largas conversaciones. No contento con esto, me serví de la llave para abrir el arca, que, estando llena de talegos grandes y pequeños, me puso en una perplejidad agradable, porque no sabia cual escoger, sintiéndome ciegameamente enamorado de los unos y de los otros. Sin embargo, como el miedo de ser sorprendido no me permitia hacer un detenido escámen, eché mano á Dios y á la ventura de uno de los mayores. En seguida habiendo cerrado el arca y vuelto á poner la llave detras del tapiz, salí de la alcoba con mi presa, que fuí á esconder debajo de mi cama en una pieza pequeña donde yo dormia.

Despues de concluida esta operacion con tanta felicidad, me fuí á buscar al jóven Velazquez, que me estaba esperando en una casa vecina, para donde me habia dado cita, y le llené de gozo contándole lo que acababa de ejecutar. Quedó tan satisfecho de mí que me hizo mil caricias, y me ofreció generosamente la mitad del dinero que habia en el talego, que yo no quise aceptar.—Señor, le dije, este primer talego es para vd. solo; sírvase vd. de él para sus necesidades. Presto volveré á hacer una visita á la arca, en donde, gracias á Dios, hay dinero para entram-

bos. Efectivamente, tres dias despues, saqué de ella otro talego, que contenia como el primero, quinientos escudos, de los cuales no quise admitir mas que la cuarta parte, por mas instancias que me hizo Gaspar para obligarme á que los repartiésemos entre los dos como buenos hermanos.

Luego que el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasion que tenia á las mugeres y al juego, se entregó á ellas totalmente; y aun tuvo la desgracia de encapricharse con una de aquellas famosas damas cortesanas que en poco tiempo devoran y se tragan los caudales mas pingües. Ocasiónole ésta tan escesivos gastos, y me puso en la necesidad de hacer tantas visitas al arca, que al fin el viejo Velazquez echó de ver que le robaban.—Escipion, me dijo una mañana, tengo que hacerte una confianza: alguno me roba, amigo mio: han abierto mi arca del dinero, y me han sacado de él muchos talegos. El hecho es constante; ¿pero á quién debo atribuir este robo? ó por mejor decir, ¿quién otro sino mi hijo puede haberle hecho? Gaspar habrá entrado furtivamente en mi alcoba, ó acaso tú mismo le habrás introducido en ella, porque estoy tentado á creerte su confederado, aunque parezcáis mal avenidos los dos. Sin embargo, no quiero abrigar esta sospecha, habiendo salido el padre Alejo por responsable de tu fidelidad. Respondí que, gracias al cielo, no me tentaba la hacienda agena, y acompañé esta mentira con una esterioridad hipócrita que contribuyó á sincerarme.

Con efecto, el viejo no volvió á hablarme sobre el asunto; pero no dejó de envolverme en su desconfianza, y tomando precauciones contra nuestros atentados, mandó poner al arca una cerradura nueva, cuya llave traía desde entonces continuamente en la faltriquera. Habiéndose interrumpido por este medio toda comunicacion entre nosotros y los talegos, quedamos sin saber lo que nos pasaba, particularmente Gaspar, que no pudiendo ya gastar tanto con su ninfa, temió hallarse precisado á no verla mas. En medio de esto discurrió un arbitrio ingenioso que le proporcionó mantener su correspondencia por algunos dias mas, y fué el de apropiarse por via de empréstito aquello que me habia tocado á mí de las sangrías que yo habia hecho al arca. Entreguéle hasta el último maravedí, lo que á mi parecer podia pasar por una restitucion anticipada que yo hacia al mercader anciano en la persona de su heredero.

Luego que el desordenado mozo acabó de consumir aquel recurso, considerando que ya no le quedaba ningun otro, cayó en una melancolía profunda y oscura, que poco á poco trastornó su razon. No mirando ya á su padre sino como á un hombre que causaba la desgracia de su vida, dió en una furiosa desesperacion, y sin escuchar la voz de la sangre, el miserable concibió el horroroso designio de envenenarle. Poco satisfecho con haberme confiado este execrable proyecto, tuvo aliento para pro-

ponerme le sirviese de instrumento á su venganza. Horricéme al oírle semejante propuesta, y le dije:—¿Es posible, señor, que esteis tan dejado de la mano de Dios, que háyais podido formar esa abominable resolucion! ¿Pues qué! ¿tendriais valor para quitar la vida al autor de la vuestra? ¿Habriase de ver en España, en el seno del cristianismo, cometerse un crimen, cuya sola idea horrorizaria á las mas bárbaras naciones? No, mi querido amo, añadí echándome á sus piés; no, vd. no hará una accion que escitaria contra sí toda la indignacion de la tierra, y que seria castigada con un infame suplicio.

Aleguéle todavía á Gaspar otras razones para disuadirle de un pensamiento tan culpable; y yo no sé dónde pude encontrar raciocinios tan honrados y discretos como empleé para combatir su desesperacion; lo cierto es que le hablé como pudiera un doctor de Salamanca, á pesar de ser tan jóven é hijo de la Coscolina. No obstante, por mas que hice para convencerle de que debia volver sobre sí y desechar animosamente las detestables ideas que se habian apoderado de su ánimo, fué inútil toda mi elocuencia. Bajó la cabeza, y guardando un taciturno silencio, me hizo comprender que no desistiria á pesar de cuanto pudiera decirle.

En vista de esto, tomando mi determinacion, dije al anciano que queria hablarle en secreto; y habiéndome encerrado con él:—Señor, le dije, permítame vd. que me arroje á sus piés é implore su misericordia. Dichas estas palabras, me postré delante de él lleno de agitacion, y con el rostro bañado en lágrimas. Atónito el mercader de aquella demostracion y de verme tan turbado, me preguntó, qué habia hecho.—Un delito de que me arrepiento, le respondí, y que lloraré toda mi vida: he tenido la flaqueza de dar oidos á su hijo de vd., y de ayudarle á que le robase. Al mismo tiempo le hice una confesion sincera de todo lo sucedido en este particular, despues de lo cual le dí cuenta de la conversacion que acababa de tener con Gaspar, cuyo designio le revelé sin omitir la menor circunstancia.

Por mas mal concepto que el anciano Velazquez tuviese de su hijo, apenas podia dar crédito á mis palabras. Sin embargo, no dudando de la verdad de mi narracion:—Escipion, me dijo levantándose del suelo, porque estaba todavía arrodillado, yo te perdono en gracia del importante aviso que acabas de darme. Gaspar, continuó alzando la voz, Gaspar quiere quitarme la vida. ¡Ah hijo ingrato! monstruo á quien hubiera valido mas ahogar al tiempo de nacer que dejarle vivir para ser un parricida! ¿Qué motivo tienes para atentar contra mis dias? ¡Todos los años te doy una cantidad suficiente para tus diversiones, y no estás contento! ¿Conque será necesario para contentarte permitir que disipes todos mis bienes? Habiendo hecho esta dolorosa apóstrofe, me encargó el secreto, y me dijo que le dejase solo para pensar lo que debia hacer en tan delicada coyuntura.

Yo estaba con la mayor inquietud por saber qué resolución tomaria aquel desgraciado padre, cuando en el mismo dia llamó á Gaspar, y sin darle á entender lo que sabia, le habló de este modo:—Hijo mio, he recibido una carta de Mérida, en que me dicen que, si te quieres casar, se proporciona una señorita de quince años, que, sobre ser muy hermosa, llevará consigo un gran dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, mañana al romper la aurora partiremos los dos á Mérida; veremos la persona que te proponen, y si te gusta te casarás con ella. Cuando Gaspar oyó hablar de un gran dote, y creyendo tenerlo ya en su poder, respondió sin vacilar que estaba pronto á hacer el viage; y con efecto al dia siguiente al amanecer marcharon solos, y montados ambos en buenas mulas.

Luego que llegaron á las montañas de Fesira, y se vieron en un sitio tan apetejado de los salteadores como temido de los pasajeros, Baltasar echó pié á tierra, diciendo á su hijo que hiciese lo mismo. Obedeció el mozo, y preguntó para qué le hacia apear en aquel parage.—Voy á decírtelo, le respondió el anciano mirándole con unos ojos en que estaban pintados la cólera y el dolor.—No iremos á Mérida, y la boda de que te he hablado es una mera invencion mia solo para atraerte aquí. No ignoro, hijo ingrato y desnaturalizado, no ignoro el atentado que proyectas: sé que por disposicion tuya se tiene preparado un veneno para dármele; pero dime, insensato, ¿has podido lisongearte de quitarme de este modo impunemente la vida? ¡Qué error! Tu crimen se descubriria bien pronto y moririas á manos del verdugo. Hay, continuó, otro medio mas seguro para que satisfagas tu furor, sin esponerte á una muerte ignominiosa; aquí estamos los dos sin testigos, y en un sitio en que cada dia se cometen asesinatos. Ya que tan sediento estás de mi sangre, sepulta en mi pecho tu puñal, y se atribuirá esta muerte á los salteadores. A estas palabras, descubriendo Baltasar el pecho, y señalando el sitio del corazon á su hijo:—Mira, Gaspar, añadió; dame aquí un golpe mortal para castigarme de haber engendrado á un malvado como tú.

El jóven Velazquez, herido como de un rayo con estas palabras, muy lejos de intentar sincerarse, cayó de repente sin sentido á los piés de su padre. El buen anciano viéndole en aquel estado, que le pareció un principio de arrepentimiento, no pudo menos de ceder á la pasion paternal, y acudió prontamente á socorrerle; pero Gaspar luego que volvió en sí, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado, hizo un esfuerzo para levantarse, volvió á montar en su mula, y se alejó sin decir una palabra. Dejóle ir Baltasar, y abandonándole á sus remordimientos, se restituyó á Córdoba, en donde seis meses despues supo que su hijo habia tomado el hábito en la cartuja de Sevilla para pasar allí el resto de su vida haciendo penitencia.

